

tierra. Viendo correr las aguas del Segura, en las que se miraban acaso, con los chopos y los álamos, algunos finos cipreses que le evocarían sus paseos por las orillas del Arno, le halagaría los sentidos el generoso aliento de nuestros azahares, en esas noches murcianas en que el ruiseñor entabla coloquios con el agua de las acequias. Más tarde, Micer Jacobo Florentin no murió en Toscana, sino en el Reino de Murcia.

A su partida, quedó encargado de proseguir la obra un español. Heos a Jerónimo Quijano frente al primer cuerpo de la Torre de la Catedral. Realmente, su labor sería sencilla: por las mismas trazas, levantar otro piso. Sobre las pilastras, nuevas pilastras; a sus respectivos niveles, las fajas de grutescos, las sartas de perlas; coincidiendo con el ajimez, el ajimez; con la hornacina, la hornacina... Los motivos de frutas y de acantos, y de jarrones, y de cornucopias, ya estaban indicados.

Pues no fué así. Jerónimo Quijano recibe la inspiración de belleza que había plasmado el florentino, y la reduce, con arte de maravilla, al sentido de lo español. Es notable la intención, porque si hubiera querido proseguir aquel alarde de exuberancia, aquí, donde la Naturaleza convida a derramar la vista por un copioso florecimiento de lo plástico, no hubiera quedado al margen del ambiente; pero había que recibir la lección de renacentismo separando lo malo de lo bueno y despertando el ánimo de la embriaguez de perdición del arte renovado. El primer cuerpo de la Torre predicaba entonces, recién surgido de las manos del artífice, la doctrina del humanismo renacentista, el engaño del hombre ensoberbecido y deslumbrado por el espectáculo de las formas arrobadoras del mundo pagano. Si a lo que nacía con tanta ansia de placer —de placer intelectual y sensual— no se le incorporaba la savia del espiritualismo católico, la continuación de la Torre iba a realizarse bajo el signo de una servil pasividad. Y habló y sigue hablando España su idioma austero y más equilibradamente humano, si bien no con

